

José R. Pantoja Reyes, *La guerra indígena del Nayar, 1850-1880. Una perspectiva regional*, Ediciones Telar, México, 1995, 160 pp.

«Hemos de ocuparnos aquí del develamiento de una trama urdida con los finísimos hilos de la vida...» Así comienza la introducción al texto de José Pantoja, obra en la que el autor se ocupa de dar cuenta de la participación de las comunidades indígenas, en tanto tales, en los conflictos que durante los años 50 del siglo pasado se sucedieron en la región que actualmente se conoce como estado de Nayarit.

Después de cinco años de haber sido presentado como tesis de licenciatura y de haber recibido el Premio Nacional Clavijero, este trabajo se publica como una aportación más a la historia regional, a la comprensión de las rebeliones indígenas en nuestro país. Se trata de la reinterpretación de uno de los episodios más controvertidos del siglo XIX en términos regionales: la rebelión indígena de la sierra de Alica; reinterpretación que parte del análisis de las comunidades que participaron en el conflicto, y no sólo de la figura de Manuel Lozada como caudillo de dicho movimiento. En este sentido, lo que el autor pretende es dar cuenta del complejo social que sustenta el liderazgo de Lozada en función de su experiencia, sus necesidades y sus expectativas.

El texto se divide básicamente en tres partes, aunque en realidad cuenta con cuatro capítulos: la primera parte se ocupa de limitar la región y/o regiones que conforman el espacio geográfico donde tuvo lugar la rebelión indígena, así como de la lógica social en la que se dio la apropiación de este espacio antes y después de la llegada de los españoles; en segundo lugar, se presentan los conflictos de 1850 en función de los diferentes actores que participaron en ellos; y por último, se hace un balance de los alcances y limitaciones de la rebelión indígena, de acuerdo con lo que Pantoja considera eran sus pretensiones.

En cuanto al tratamiento de la primera parte, considero un acierto del autor la manera en que aborda la relación espacio físico-comunidad, relación a partir de la cual se van configurando las regiones del Nayar tanto productiva como socialmente. Esto es, no se trata de la mera descripción de un espacio

dado en el que se desenvuelven los hombres, sino de un espacio que se configura a partir de la apropiación de éstos de su fundamento natural.

Geográficamente, el autor distingue tres zonas ecológicas: al oeste la franja costera, al este la sierra y la zona semidesértica de San Luis Potosí, y al centro la zona de los valles. Hasta antes de la llegada de los españoles la población de la zona estaba conformada por coanos, tepehuanos, totorames, tecualmes, cuyutecos, nahuas, coras y huicholes; etnias independientes unas de otras en cuanto a su organización política, pero acostumbradas a la explotación común y articulada de las diferentes zonas ecológicas de la región, de manera tal que se creaba un intenso intercambio de hombres y productos entre la sierra y la costa a través de una cadena de asentamientos situados entre el este y el oeste. Con la llegada de los españoles el espacio indígena se fragmentó y se reorganizó, no ya en función de la articulación ecológica sino de la conveniencia del control político y militar de la zona. Se rompió el eje de intercambio este-oeste que mantenía el equilibrio comunidad-fundamento natural con base en la explotación complementaria de los diferentes pisos ecológicos, y en su lugar se estableció una cadena de asentamientos españoles que corre a lo largo de los valles centrales de sur a norte, asegurando el acceso al noroeste, que dislocó las tradicionales relaciones sociales y de intercambio que mantenían las comunidades indígenas. La nueva configuración de la región depende, esta vez, de la presencia española y sus formas de explotación del suelo.

En opinión de José Pantoja, en esta dinámica de conquista y apropiación del espacio por parte del gobierno, colonial primero, republicano después, se perfilaron las formas de defensa y resistencia indígenas manifiestas durante los conflictos de 1850-1880, y el punto en el que se encontraron la experiencia regional con los proyectos nacionales. De hecho, el control total de la región no se dio nunca, las comunidades de las cuatro zonas en las que quedó reconfigurada la región: la costa, los valles centrales, los valles altos o de frontera y la sierra expresaron su rechazo al poder colonial de maneras diversas: algunas veces resistiendo pasivamente como en el caso de los valles centrales, otras, de forma violenta, como en las zonas fronterizas y la sierra, pero siempre buscando mantener sus formas comunitarias de explotación de la tierra y tratando de contener la ambición de las autoridades locales, de los hacendados y rancheros quienes, unas veces apoyados por el gobierno central, otras por iniciativa propia, se fueron apropiando de sus tierras por medio del despojo legalizado, el desplazamiento o la usurpación directa y llana. Desde esta perspectiva, la rebelión indígena de la sierra de

Alica cobra sentido no sólo como parte de la historia del siglo XIX, sino como parte de un largo proceso de enfrentamiento constante con las comunidades indígenas, cuyas necesidades y expectativas son ejercer sobre sus tierras los derechos que formalmente les habían sido reconocidos durante la Colonia, por los conquistadores y los colonos españoles, así como por las autoridades, rancheros y hacendados criollos. El conflicto que se manifiesta violentamente en el siglo XIX es producto de la presión llevada al límite de las expectativas de vida que ofrecía el orden colonial sobre las expectativas de vida propias de las comunidades.

¿Qué determinó la lógica que siguió la rebelión indígena? en primer lugar, los sujetos que en ella participaron. Encontramos aquí un rompimiento con los anteriores interpretaciones historiográficas: Pantoja explica el conflicto no en función del caudillo sino de la comunidad en la que se apoya. No es que anteriormente no se tomara en cuenta el papel que desempeñaba la comunidad en el conflicto, sino que antes no se le había reconocido la capacidad de actuar por iniciativa propia, con estrategias propias, y en función de reivindicaciones propias, a partir de las cuales quedaba condicionado el apoyo a sus líderes. Lo interesante aquí es que no se trata de una demitificación simplona de Manuel Lozada como caudillo, sino de recuperar precisamente la dimensión social de este personaje.

De acuerdo con lo anterior, el autor afirma que la presencia española dislocó y reorganizó el espacio indígena. Las comunidades reestructuraron su mundo a partir de una relación de subordinación hacia la población blanca. Esta relación adquiriría matices de acuerdo con: la densidad poblacional de indígenas y blancos de las diferentes zonas ecológicas de la región y la relación que mantenían los indígenas con sus propias comunidades. Todas y cada una de estas relaciones se entrelazaron para configurar socialmente la región. Durante la década de los años 1850 se intensificó la tensión social de esta estructura regional, en la medida en que crecía el impulso expansionista de la sociedad colonial —en cuanto seguía una lógica de conquista y enajenación del territorio indígena— sobre las tierras comunitarias en favor de hacendados y rancheros así como del control político del mismo gobierno central, y en la medida en que el aumento de la población indígena ejercía una fuerte presión sobre la misma tierra comunitaria, haciéndola cada vez más escasa. Esta situación llevó a las diferentes comunidades indígenas de las diferentes zonas ecológicas de la región, a buscar alternativas para su reproducción biológica y social y a intensificar la acción defensiva en contra del despojo de que eran objeto por parte de las hacien-

das. En opinión del autor, las primeras manifestaciones de la guerra indígena del Nayar fueron consideradas como bandidaje. ¿En qué medida estas acciones trascienden el provecho personal y se convierten en expresión de las tensiones sociales? en la medida en que los objetivos principales de dichas acciones son, primero que nadie, los hacendados y los vecinos criollos con los que constantemente tenían conflictos los pueblos indígenas. En este sentido, la rebelión se inicia con una serie de iniciativas independientes que en principio pretenden ajustar cuentas a nivel personal, aunque no siempre, pero que pronto pasan a la lucha generalizada por la autonomía indígena y la defensa de la tierra, principales reivindicaciones de la rebelión.

Contrariamente a lo que se piensa, dice Pantoja, el ejército que comandaba Lozada no era sino una coalición de grupos armados que surgió cuando las alianzas se ampliaron y lograron aglutinar a un mayor número de indígenas, limitando y condicionando así el control total de las fuerzas beligerantes. Es por esto que los logros o fracasos de la rebelión indígena no pueden ser valorados a partir de la eficacia estratégica de Lozada, sino de las estrategias de acción de las propias comunidades en función de sus reivindicaciones y sus ritmos de vida. Cuando Lozada se alía con los conservadores, las comunidades indígenas siguen un patrón recurrente de su historia: asegurar la autonomía del grupo por medio de pactos a la manera de las comunidades fronterizas, sólo que esta vez no se trataba de hacer avanzar la conquista, sino de frenarla. Cuando los indígenas acaban por negociar con el gobierno federal lo hacen para garantizar su autonomía y la organización comunitaria. La derrota de Lozada no es la derrota de las comunidades indígenas, cuyas pretensiones no rebasan, en principio, el ámbito local: con la primera, los indios por lo menos conservan las armas y con ellas la posibilidad de frenar la cometida que sobre sus tierras llevan a cabo los hacendados; con la segunda, el gobierno federal logra eliminar al resto de los jefes insurrectos y con ello toda posibilidad de una acción defensiva articulada. Esto es en 1880.

Como los campesinos de Womack, las comunidades indígenas del Nayar cambiaron por no cambiar en cuanto a la reconfiguración de las relaciones sociales que mantenían dentro de ellas, entre ellas y entre ellas y la autoridad gubernamental. Aunque a corto plazo, la guerra indígena prolongó la relación colonial, la nueva lógica de legalidad con que el gobierno federal presionaba a las comunidades hizo que éstas modificaran sus estrategias de conservación.

La guerra indígena del Nayar es un texto que habla también del misticismo de las comunidades indígenas a partir del cual cobran sentido

sus acciones, no como la recuperación de un pasado idílico inalcanzable, sino en cuanto a que este misticismo dota de sentido a su presente y con ello también el horizonte de sus expectativas de vida. Si bien algunas veces el autor cae en afirmaciones algo apresuradas, quizá porque hablar de la totalidad de la vida de estas comunidades rebasaría las 160 páginas, me parece que en términos generales, cumple con lo que promete, y en este sentido recupera para nuestro presente el reconocimiento a las comunidades indígenas como cuerpos sociales dinámicos que se han ido transformando y adaptando, con base en su particular visión del mundo, a los cambios que los proyectos globalizadores han impulsado a lo largo de nuestra historia; es decir, reivindica el papel que ha desempeñado la presencia indígena en la historia de nuestro país, no ya como un antecedente histórico de lo que somos, sino como una parte íntegra y activa de esa historia.

Alejandra Betancourt C.
ENAH/INAH